



LA RELIGION
DE AYER
PARA EL MUNDO
DE HOY

Leonardo Boff

Para los hijos de la modernidad, para los herederos del espíritu crítico de la Ilustración, del desenmascaramiento ideológico de Marx, del descubrimiento de las motivaciones inconscientes de Freud, para éstos y otros mi exposición podrá parecer rara. Tal vez se parezca al discurso de un loco en una sociedad de sensatos. Pero lo que voy a decir es el testimonio de una realidad vivida por miles y millones de personas del Continente de donde vengo. A pesar de toda crítica y desarrollo histórico la religión sigue viva y, para no pocas personas, constituye la fuente principal productora de sentido de vida.

Esta situación me hace recordar una afirmación famosa de uno de los padres fundadores de la sociología, Emile Durkheim: "En la religión hay algo de **eterno** que está destinado a sobrevivir a todos los símbolos particulares en los cuales el pensamiento religioso se ha sucesivamente encerrado" (*Les formes élémentaires de la vie religieuse*, Paris 1937, 609-610). Este algo de eterno de la religión parece que está encontrando, en los medios populares del Continente latinoamericano, nuevos símbolos particulares. La religión emerge como liberación. En breves puntos quiero detallar esta expresión.

Ponencia presentada en la feria del libro realizada en Frankfurt, Alemania, en octubre de 1982.

1. La fe cristiana como liberación

Históricamente la religión cristiana ha servido en América Latina de sedimentación del proceso colonizador y también de legitimación de los poderes que han formado nuestras nacionalidades; fue utilizada igualmente como adormecimiento de los sectores subalternos en su situación de pobreza y marginalidad. No obstante eso, jamás faltaron también figuras proféticas como Las Casas, Montesinos, Valdivieso, Vieira y modernamente Mons. Romero, Mons. Helder Cámara, el Card. Arns que impidieron olvidar la "memoria peligrosa y subversiva" (en las palabras de uno de los teólogos de este país) de Jesucristo que tomó partido por los pobres y denunció todo tipo de injusticia. Jamás faltaron rebeliones populares de carácter mesiánico y religioso-utópico como protesta contra formas inhumanas de dominación.

Sabemos que el contenido de la fe cristiana vehicula ideales y valores altamente sociales, hasta revolucionarios, como la idea de fraternidad, de un convivio sin dominación, de una utilización comunitaria de todos los bienes. Pero la fe cristiana no presenta mediaciones concretas ni tiene estrategias de acción. Por eso, tales contenidos pueden quedarse en lo utópico o ser interpretados de una forma espiritualista, dejando la realidad ínicua intocable e inmune a todo cambio. Durante siglos el Evangelio no ha podido revelar su potencial transformador.

Pero a partir de los años 60 en diversas partes del continente latinoamericano, especialmente en mi país, Brasil, empezaron a formarse comunidades cristianas de base. En el seno de tales comunidades se han dado las condiciones teóricas y prácticas que propiciaron desentrañar la dimensión liberadora del mensaje cristiano.

2. Los pobres evangelizan a toda la Iglesia

¿Cómo fue posible la emergencia de las comunidades de base? ¿En qué medida ellas constituyen el lugar de una práctica liberadora de la fe? Son muy complejas las causas que han permitido la irrupción de una Iglesia en la base popular. Simplificando enormemente el fenómeno y restringiéndome específicamente a Brasil yo diría lo siguiente. A partir de los años 30 comenzó un fuerte movimiento popular, con base sindical,

postulando mayor participación en la vida política. Este fenómeno culminó a fines de los años 50 y principios de los años 60. Muchos cristianos y la propia Iglesia participaron en esas reivindicaciones populares a raíz de las crecientes formas de acumulación capitalista y la consecuente explotación de los trabajadores. Hacíase más y más fuerte la exigencia de cambios estructurales para permitir mayor participación de los sectores populares en el poder.

Fue entonces que se produjo un golpe militar. Este, en verdad, fue un golpe de la clase dominante nacional en colusión con el capital trasnacional mediante la utilización del brazo armado. A partir de 1964 fue instaurada una dictadura abierta en la cual la arbitrariedad era la base del ejercicio del poder. Se han desmontado todas las instituciones civiles, se ha reprimido y torturado en forma cruel, incluso a sectores cristianos comprometidos con las clases populares.

La única institución que, de cierta forma, se conservó fue la Iglesia, por el hecho de su peso histórico en el pasado, por su respetabilidad y por su ligazón internacional. Esta Iglesia había pasado por profundas modificaciones internas: tenía un trabajo pastoral en los medios pobres, había elaborado un cuerpo de ideas teológicas que reforzaba el compromiso de los cristianos en vista a los cambios necesarios en la sociedad, especialmente, en conexión con la renovación introducida por el Concilio Vaticano II. Con la represión política, el único espacio libre era aquel de la Iglesia. Las clases populares, pobres y creyentes, fueron ocupando progresivamente el espacio institucional de la Iglesia. Ahí se reunían para escuchar la Palabra de Dios, rezar y vivir su fe. Pero a la vez, se abría la posibilidad, bajo el respaldo de la Iglesia, de discutir sus problemas y conversar sobre sus opresiones. Esta práctica ha involucrado agentes de pastoral, religiosos, sacerdotes y obispos. Ellos, en algunos casos, fueron literalmente convertidos por el pueblo oprimido hasta el punto de que toda la institución de la Iglesia, a través de su Conferencia de Obispos del Brasil (CNBB) haya asumido una función tribunicia en defensa del pueblo, de sus derechos, contra el régimen opresor y discriminatorio. La opción preferencial de la Iglesia por los pobres, hecha en Medellín y confirmada en Puebla, no puede entenderse sin la previa opción de los pobres por la Iglesia.

3. La Biblia leída desde los pobres de la tierra

La dimensión liberadora de la fe aflora cuando el pueblo se libera de un cierto tipo de lectura del capital religioso que esconde las contradicciones de la sociedad. En la comunidad de base, el pueblo reconquista la palabra. Habla de su pasión. Esto crea una nueva óptica a partir de la cual se leen los textos de la Escritura Sagrada. La Biblia leída desde los pobres, desde sus intereses por justicia, humanización y liberación, entrega toda su riqueza de protesta y exigencia de transformación. Ahí aparece entonces el rostro de Dios liberador que habla: "He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios..." (Ex 3,8). Desde el lugar social de los oprimidos y pobres gana contenido concreto la bienaventuranza de Jesús: "Felices los pobres porque de ellos es el Reino de los cielos" (Lc 6, 20). Tales y otras tantas afirmaciones de la tradición profética y del mensaje de Jesús son actualizadas en la comunidad de base y sirven de apoyo para un compromiso de resistencia y una acción liberadora más allá de los límites religiosos de la comunidad de base.

Resumiendo podemos decir: la dimensión liberadora de la fe cristiana y de la práctica del Jesús histórico de Nazareth sólo viene a la luz cuando se cambia de lugar social. Una lectura de las Escrituras a partir del lugar del poder dominante tiene la tendencia a vaciar de su contenido concreto, espiritualizar todos los tópicos de crítica social del poder explotador, de las exigencias de justicia; los conflictos son proyectados en una esfera ahistórica de lucha entre el bien y el mal, entre Dios y el diablo. Las contradicciones reales entre ricos y pobres, los bien nutridos y los hambrientos, permanecen escondidas en este tipo de lectura e interpretación. Pero cuando se leen las Escrituras desde los pobres reales, entonces tales contradicciones son inmediatamente visualizadas y se capta el juicio de Dios sobre ellas.

En sus círculos bíblicos, los miembros de las comunidades cristianas populares aprenden a leer los textos de la fe desde su óptica de pobres. Alguien pudiera objetar: ¿esta es una lectura ideológica e interesada; hay que buscar una lectura más objetiva! Evidentemente, esta lectura está movida por un interés bien explícito. Toda lectura tiene, en el fondo, algún

interés; no hay una lectura totalmente desinteresada, porque leer es siempre releer, y entender implica siempre interpretar. El interés del pueblo es la justicia, participación y liberación. Exactamente éste es el interés principal que atraviesa toda la Escritura. El interés liberador del pueblo no violenta la naturaleza de la Biblia, sino que se compone con ella.

Concluyendo esta parte, pienso que es importante enfatizar el hecho de que ni la Biblia sola, ni la situación de opresión sola llevan a una lectura liberadora de la fe. Lo que hace emerger esta dimensión es la articulación entre Biblia y situación de pobreza. Confrontándose una cosa con la otra, se derivan impulsos para el compromiso en la transformación de la sociedad, que nace de la fe. Esta fe no solamente habla de un Reino futuro, sino que ya quiere anticiparlo dentro de la historia.

A pesar de esta importancia de la religión para la liberación, importa no olvidar que la religión es liberadora solamente en la medida en que es religión y vive de su instancia propia: el encuentro con Dios, la oración, la celebración, la mística. La religión traduce una experiencia originaria del ser humano; como tal no es política, ni antipolítica, ni apolítica, sino suprapolítica; pero tiene una incidencia en la política. La política no vive sólo de la política, sino de otras realidades que tienen una importancia en el campo político. La religión puede transformarse en una mística poderosa que conlleva al compromiso en la historia en favor de formas de convivencia más humanas.

4. Medios pobres para evangelizar a los pobres

Estamos aquí en la Buchmesse de Frankfurt sobre el libro religioso. Sería interesante observar si la producción religiosa de los cristianos de las bases está aquí representada. Pienso que no o muy insuficientemente. Esto tiene sus razones: los pobres se expresan por medios pobres; ellos raramente publican libros o entran en una librería. Primeramente, su mayor producción es colectiva; viven en una cultura oral. Es en grupo de reflexión, uno comentando y completando al otro, que se elaboran las opiniones y maduran las decisiones. Los textos son sintéticos, ilustrados con dibujos populares y mimeografiados. Circulan de mano en mano y se intercambian con textos de otras comunidades. Otras veces el género es la poesía popu-

lar y con mucha frecuencia son en forma de canciones. La grabadora es muy utilizada, pues se graban las charlas y las discusiones y las escuchan colectivamente en sus comunidades locales, animando y provocando discusiones.

La teología que aprovecha esta producción popular tiene que asumir más un estilo narrativo si quiere devolver al pueblo lo que ha aprendido de él.

5. Conclusión: nuevos cristianos, semilla de una nueva sociedad

En tiempos siniestros para Europa escribió desde su prisión un profeta-teólogo de este país, Dietrich Bonhoeffer: "Un día ha de llegar en que los hombres de nuevo serán llamados a proferir la Palabra de Dios, de tal forma que el mundo, bajo su influencia, se transforme y se renueve. Será un lenguaje nuevo,... liberador y redentor como el discurso de Jesús. Los hombres se espantarán con ella, pero serán dominados por su poder. Será un lenguaje de una nueva justicia y verdad, el lenguaje que anuncia la paz de Dios con los hombres y la proximidad del Reino" (Resistencia y Sumisión, Hamburg-München 1966, 153).

Estas palabras proféticas parece que se realizan en la periferia del mundo y de la Iglesia, entre la gente simple. En su vivencia de fe articulada con la voluntad de transformar la sociedad, crean un estilo nuevo de ser cristiano: inspirado, sí por la ciudad de Dios, pero sabiendo que esta ciudad es de Dios solamente si comienza entre los pobres, en el corazón de nuestra historia y en la ciudad de los hombres. Son nuevos cristianos y a la vez nuevos ciudadanos críticos, participantes, democráticos y portadores de una nueva esperanza social.

La religión no es fatalmente legitimación de los poderes de este mundo; puede ser y, en nuestro caso lo es, factor de promoción humana y legitimación de los anhelos de liberación de los oprimidos.

